

Capítulo General de la Orden del Císter

Ariccia, 9 de octubre de 2022

P. Mauro-Giuseppe Lepori OCist

Discurso de apertura e introducción

Querida Madre Abadesa y Padres Abades Presidentes,
Querido P. Procurador General
Queridas Madres Abadesas, Padres Abades, Madres Prioras, Padres Piores
y todos los miembros del Capítulo General,

Nos reunimos de nuevo después de 7 años desde el último Capítulo General. No han sido años fáciles, marcados por la pandemia de Covid-19, la creciente fragilidad de nuestras comunidades, varias dimisiones de superiores tras graves irregularidades y abusos de poder.

Muchas caras han cambiado en la formación de nuestro Capítulo General: han cambiado 7 Abades Presidentes, y tenemos una Congregación más, la de Santa Gertrudis la Grande. El Abad Presidente Eugenio Romagnuolo, de Casamari, nos dejó tristemente, víctima del Covid, en abril de 2020. Hay unos 43 nuevos superiores y superioras (tantos como la mitad de los miembros del Capítulo General), incluidos 7 administradores. 13 comunidades han perdido su estatus *sui iuris* por diversas razones. Hasta ahora sólo hay un superior de un nuevo monasterio *sui iuris*, el de Phuoc Hiep en Vietnam. Grandes Superiores de la Orden han terminado su fiel servicio. La madre Gemma Punk, de *Regina Mundi*, dimitió tras 75 años como superiora. ¡Ahora sabemos que “reinó” más tiempo que la reina Isabel! La Madre Rosaria Saccol, de S. Giacomo di Veglia, dejó su oficio abacial después de 51 años y volvió santamente al Padre el 23 de noviembre de 2021. La madre Irmengard Senoner, de Mariengarten, ha finalizado recientemente su servicio tras 39 años de abadiato.

Quisiera mencionar a los superiores que, además de los mencionados, han vuelto a la Casa del Padre durante estos años: el Abad Presidente Emérito de la Congregación suprimida de María Mediadora de todas las Gracias, Dom Gerardus Hopstacken; el Abad Presidente Emérito de la Congregación de la Sagrada Familia, Dom Jean Lam; el Abad Presidente Emérito de la Congregación de San Bernardo en Italia, Dom Ambrogio Luigi Rottini; Madre Consolata de Frauenthal, Madre Assunta de Santa Susana, Aabad Bao de My Ca, Abad Christian de Rein, Abad Denis de Dallas, Madre Presentación Muro de Santo Domingo de la Calzada, Madre Agnes de Kismaros. Otra dolorosa pérdida para la Orden fue el prematuro fallecimiento del padre Sebastiano Paciolla el 22 de junio de 2021.

Los miembros del Capítulo General con derecho a voto pasaron en siete años de 100 a 87. El número de miembros de la Orden, a pesar de países como Vietnam y de algunas comunidades de Europa y Estados Unidos que tienen bastantes vocaciones, ha bajado de unos 2500 a 2217.

Como le dije al Santo Padre cuando me reuní con él el 13 de junio: “Nos cuesta más caminar, pero caminamos juntos más”. Francisco me respondió citando un dicho africano: “Si quieres caminar rápido, camina solo, pero si quieres caminar seguro, camina junto a otros”.

Sí, creo que caminamos juntos más, pero no siempre y no con todos. Al final, veremos con este Capítulo General si he dicho al Papa la verdad o una mentira. ¡Espero que no me obliguen a confesarme!

¿Para qué sirve un Capítulo General?

La *Carta Caritatis* nos lo repite desde hace 903 años: “Que se ocupen de la salvación de sus almas; que den disposiciones sobre la observancia de la santa Regla o de la Orden, si hay algo que corregir o aumentar; que se reformen entre ellos por la paz y la caridad” (CC VII,2).

En esto, retoma muchas exhortaciones apostólicas, como la que San Pablo dirige a los Efesios:

“Os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos. (...)

Realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor.” (Ef 4,1-6.15-16)

El Papa Francisco, en todas sus exhortaciones para reavivar la naturaleza sinodal de la Iglesia, nos ayuda a redescubrir nuestro carisma cisterciense, precisamente como un “viaje juntos” de comunidades unidas por una única vocación, una única esperanza, una única fe, una única caridad. En mis cartas y en algunas conferencias de los últimos cuatro años, he tratado de estimular entre nosotros esta *conciencia sinodal de nuestra vocación y misión*, independientemente de las diferencias de observancia y estilo que vivimos en nuestras comunidades individuales o Congregaciones. En esto me ayudó mucho la asistencia a varios encuentros de la Iglesia: el Sínodo de los Obispos de 2018 dedicado a los jóvenes, el encuentro en el Vaticano en febrero de 2019 sobre el tema de los abusos en la Iglesia, y luego el inicio del camino sinodal de toda la Iglesia los días 9 y 10 de octubre de 2021, un camino que culminará con el Sínodo de los Obispos del próximo año. También me estimuló en esto la sorpresa de ser elegido para el Consejo Ejecutivo de la Unión de Superiores Generales, y la sorpresa aún mayor de ser elegido vicepresidente de esta Unión. No es una tarea que me exija mucho, afortunadamente, pero me ayuda a estar más atento a lo que palpita en la Iglesia universal y en el mundo. He intentado que

la Orden forme parte de esta conciencia. Me he dado cuenta de la atención que prestan otras Ordenes religiosas a nuestra experiencia y sensibilidad monástica para afrontar los problemas y, sobre todo, para vivir la misión de la Iglesia. Es importante que seamos conscientes de ello, porque no es tanto el papel de abad general lo que me capacita para esta tarea, sino la vocación que comparto con cada uno de vosotros.

Lo dijo el Papa en su discurso de inicio del camino sinodal, hace exactamente un año, el 9 de octubre de 2021:

“Si no se cultiva una praxis eclesial que exprese *la sinodalidad de manera concreta* a cada paso del camino y del obrar, promoviendo la implicación real de todos y cada uno, la comunión y la misión corren el peligro de quedarse como términos un poco abstractos. Quisiera decir que celebrar un Sínodo siempre es hermoso e importante, pero es realmente provechoso si se convierte en expresión viva del ser Iglesia, de un actuar caracterizado por una participación auténtica. Y esto no por exigencias de estilo, sino de fe. La participación es una exigencia de la fe bautismal. Como afirma el apóstol Pablo, “todos nosotros fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo” (1 Co 12,13). En el cuerpo eclesial, el único punto de partida, y no puede ser otro, es el Bautismo, nuestro manantial de vida, del que deriva una idéntica dignidad de hijos de Dios, aun en la diferencia de ministerios y carismas. Por eso, todos estamos llamados a participar en la vida y misión de la Iglesia. Si falta una participación real de todo el Pueblo de Dios, los discursos sobre la comunión corren el riesgo de permanecer como intenciones piadosas.” (Momento de reflexión para el inicio del proceso sinodal, Discurso del Santo Padre Francisco, 9.10.2021)

Participar en la misión de la Iglesia

“Todos estamos llamados a participar en la vida y misión de la Iglesia”, dice el Papa Francisco. Me gustaría destacar esta frase, porque nos hace tomar conciencia de que el encuentro y el trabajo en común no es una tarea sólo nuestra, sino que debe estar animada por un aliento universal. Ciertamente, debemos, como nos pide la *Carta Caritatis*, ocuparnos de la salvación de nuestras almas, dar disposiciones sobre la observancia de la santa Regla u Orden, corregir o acrecentar la vida de nuestras comunidades y reformarnos entre nosotros por la paz y la caridad (cf. CC VII,2). Pero si en todo esto no pensamos en la misión de toda la Iglesia, es decir, no pensamos en la salvación de todo el mundo, todo el trabajo sobre nosotros mismos será narcisista, estéril, y no dará ningún fruto, ni siquiera para nosotros mismos. Porque desde el principio nuestra Orden se ha mantenido unida y trabaja en su propia conversión “deseando beneficiar a los miembros de la Orden y a todos los hijos de la santa Iglesia - *prodesse illis omnibusque sanctae Ecclesiae filiis cupientes*” (CC I,3). Los *hijos de la Iglesia* significa toda la humanidad. Estamos llamados a ser padres y madres, hermanos y hermanas de toda la humanidad. No la humanidad en abstracto, sino la humanidad que nace, vive, trabaja, sufre y muere en el mundo de hoy. No debemos sentirnos estériles e inútiles si no tenemos vocaciones o si

tenemos que cerrar algún monasterio. Debemos sentirnos estériles e inútiles si vivimos nuestra vocación sin esta pasión por toda la humanidad.

El Papa habla siempre de la “Iglesia en salida”, es decir, de la pasión misionera que hace que toda la Iglesia se esfuerce por llegar a todas las ovejas desorientadas y alejadas del rebaño de Cristo. También nosotros, respetando las características más contemplativas o más apostólicas de cada una de nuestras Congregaciones y comunidades, debemos encontrar y reavivar esta irradiación misionera, para permanecer vivos y, sobre todo, regocijados en la alegría del Evangelio. Como vuelve a escribir el Papa en la *Evangelii Gaudium*: “Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio.” (EG 20)

A veces nos volvemos sombríos y descontentos, susceptibles y caprichosos, simplemente porque olvidamos el sufrimiento del mundo, olvidamos la pandemia, la pobreza, la guerra, el hambre, la vida sin sentido de tantos hombres y mujeres, de tantos jóvenes. Olvidamos el dolor inocente de demasiados niños, la inseguridad en la que viven tantas familias, las dificultades económicas y sociales de los laicos. Olvidamos a los cristianos perseguidos, olvidamos a los mártires. Olvidamos a los migrantes. Olvidamos la tristeza de los pecadores que no se encuentran con el Redentor. En definitiva, nos olvidamos de todas las ovejas perdidas sin pastor, es decir, nos olvidamos de la compasión de Cristo por la humanidad (cf. Mc 6,34).

Cuántas veces, junto con algunos de vosotros, ante problemas que nunca se resuelven, en los que continuamente se reavivan conflictos, reivindicaciones, desobediencias, infidelidades, nos hemos dicho: pero ¿qué tiene todo esto que ver con la salvación del mundo y, por tanto, con Cristo que vino a vivir, sufrir, morir y resucitar para salvarnos?

Pero es reconfortante ver que la mayoría de las comunidades y personas viven con esta conciencia misionera, y esto hace que su vida sea grande y radiante, incluso y especialmente cuando las circunstancias, las condiciones, la salud, les obligan a reducir la acción. Los que aman mucho, aunque no puedan hacer nada, actúan como Dios.

Muchos hermanos y hermanas tienen, por así decirlo, un “corazón en salida”, es decir, un corazón eclesial, misionero, incluso y sobre todo si sólo pueden rezar, y sobre todo ofrecer todo por la salvación del mundo. Me alegra ver en todo el mundo que tantos jóvenes de nuestras comunidades tienen este sentido universal de nuestra vocación, y esto me llena de esperanza.

Con esta esperanza comienzo nuestro Capítulo General, en el que ya hemos invocado al Espíritu Santo y seguiremos invocándolo, haciendo epiclesis sobre todo lo que viviremos, diremos, pensaremos y sentiremos durante estos días, para que todo sea ofrecido al Espíritu para que encarne a Cristo Redentor, Misericordia del Padre, como en el seno de María, Madre de la Iglesia, Madre de Cîteaux.